

Nº. 70
22 marzo
1947

PRESENCIA DEL HOMBRE

Por Marín CIVERA, Prólogo de Rafael ALTAMIRA

Ediciones MEDITERRANI, México, 1947.

EDICIONES "Mediterrani", bajo el patrocinio de la Casa Regional Valenciana, pone en nuestras manos este libro de Marín Civera. Obra meritoria la de este grupo de valencianos en México, unidos a aquellas luminosas playas mediterráneas por los hilos invisibles del espíritu. Invisibles, pero reales, tensos, vibrantes, cual cuerdas de un mágico instrumento musical: diríamos el arpa de los arpegios nostálgicos, el clavicordio de la nota de cristal en la silenciosa noche del destierro.

La cuerda musical había sido templada ya sobre los trastes geográficos de los meridianos, tendidos ambiciosamente entre los dos continentes. Sólo faltaba la mano del virtuoso que supiera arrancarles el misterio de su melodía. La mano de Marín Civera se ha adelantado entonces con ademán a la vez resuelto y tímido: con resolución que da el impulso interior, la vocación, la fuerza concentrada del pensamiento, y con timidez que imprime la sencillez, la bondad, la ternura.

Digamos, brevemente, algo del autor: Marín Civera es uno de los más puros valores de la intelectualidad valenciana, un gran escritor de fina sensibilidad, y docta y jugosa pluma. Posee una rica y variada cultura al servicio de un pensamiento elevado, palpitante de emoción humana. Su estilo es limpio, diáfano.

Digamos, brevemente, algo de su obra: "Presencia del hombre" es un libro amargo y bello. En sus páginas se vive el drama del desarraigado, acendrado en la melancolía, la soledad y la meditación. Cualquiera puede convertir su infelicidad en desesperación o en iracundia. Sólo los grandes espíritus saben convertirla en obra bella. Así Marín Civera: en sus reflexiones de peregrino, "al margen de su paisaje y enfrente de un destierro ingrato y desconocido", revive en cierta forma el prodigio del taumaturgo que convierte en pura maravilla todo cuanto toca su varita mágica. Sin embargo, nada hay tan ajeno a lo milagroso como el dramático juego humano —a veces con un dejo de humor— en que se recrea el autor. Dijérase que en su misticismo humanitarista han dejado profunda huella Pascal, Montaigne, también nuestro Unamuno, y hasta alguna divinidad mitológica del viejo Mediterráneo cálido y sensual...

El ausente de su patria que lea este libro encontrará en él jirones de su propia alma. Yo aconsejo fervorosamente su lectura. Querría citar como más hondamente emotivos algunos de los ensayos que lo componen, pero vacilo en la elección. Todos reclaman, en empeñoso tropel, la primacía.

Don Rafael Altamira, el sabio polígrafo, hace en unas admirables cuartillas la presentación de la obra. La aparición de ésta debe marcarse en las ásperas jornadas de la emigración con piedra blanca. Tal es el mérito singular del libro de Marín Civera.

C. E.

A.P.C.E.
SIG.: 1.2 5/1259